



Intimidad inquietante, el canto de la sirena^{1,2}

Margaret Crastnopol³
Seattle, Washington, USA

La intimidad propiamente dicha engloba un sentido de que una persona conozca la vida interior de otra; de reconocer cómo piensa, siente y reacciona el otro ante las cosas; de familiaridad con sus fortalezas y debilidades o vulnerabilidades; de sus idiosincrasias y preferencias. La intimidad puede insinuar una misteriosa calidad de calidez, y de intensidad, privacidad y la exclusividad de la cercanía mutua. Lo que yo considero como “*intimidad inquietante*” pertenece a la parte más oscura e indefensa de la intimidad. Se refiere al uso inconsciente de la propia capacidad para la resonancia psíquica, para apropiarse del otro en un abrazo emocional que es igualmente o más tóxico (Eigen, 1999) que nutritivo.

Palabras clave: Microtrauma, Intimidad Inquietante.

Intimacy proper embraces a sense of one person knowing another’s internal world; of recognizing how the other thinks, feels, and reacts to things; of familiarity with the other’s strengths and weaknesses or vulnerabilities; of his or her idiosyncrasies and preferences. Intimacy can imply a mysterious quality of warmth, and the intensity, privacy, and exclusivity of mutual closeness. What I consider to be “*uneasy intimacy*” belongs to the darker underbelly of intimacy proper. It refers to the unconscious use of one’s capacity for psychic resonance to co-opt the other into an emotional embrace that is equally or more toxic (Eigen, 1999) than nourishing.

Key Words: Microtrauma, Uneasy Intimacy
English Title: *Uneasy Intimacy, a Siren’s Call*

Cita bibliográfica / Reference citation:

Crastnopol, M. (2011). Intimidad Inquietante, el canto de la sirena. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (3): 403-418. [ISSN 1988-2939]

El poema “Esto es sólo para decirte” del poeta/médico William Carlos Williams (1968), me sirve para ambientar la discusión sobre lo que yo llamo “intimidad inquietante⁴”.

This is Just to Say

I have eaten
the plums
that were in
the icebox

and which
you were probably
saving
for breakfast

Forgive me
they were delicious
so sweet
and so cold

Esto es solo para decirte⁵

Que me he comido
las ciruelas
que habia en
la nevera

y que
probablemente
guardabas
para el desayuno

Perdóname
estaban deliciosas
tan dulces
y tan frías

En la lectura de este poema, se puede saborear la franqueza, la cadencia hogareña, y el mensaje ostensiblemente considerado. El escritor pide perdón por su infracción en un veloz “perdóname”, para rápidamente pasar a la sensualidad de esa fruta madura. Conociendo de sobra al receptor para imaginarse que él o ella – su mujer, ¿podríamos imaginar? – esperaba tomarse las ciruelas como un almuerzo estimulante, en lo que quizás era la ya calurosa mañana de un día de verano. Implora su perdón, y a la luz de su encantadora disculpa ésta no podrá sino perdonarle, aunque socave su justificado enfado ante la pérdida incurrida.

El poema cautiva al oyente, ya que al habitar en el espacio del supuesto lector a quien va dirigida esta nota, nos atrae la simplicidad de expresión del escritor, su tono de confianza, su confianza de saberse triunfante. Nos alegramos de ser sus “íntimos”, para compartir indirectamente la experiencia sensual de comer unas ricas, dulces y jugosas ciruelas – ciruelas que realmente no eran tuyas. El poeta nos ha conquistado de forma encantadora, y le perdonamos cualquier cosa... por lo menos de momento. Es fácil olvidar que su mujer ha sido despojada de sus “ciruelas” (referencia sexual intencionada); que alguien ha sido ligeramente traicionada. Así mismo pasa con lo que yo llamo “intimidad inquietante”. Hay lo dolorosamente delicioso y la experiencia

deliciosamente dolorosa de haber sido “engatusado” para una ganancia psíquica, la cual alberga una pérdida psíquica.

Intimidad Inquietante: Su fenomenología

La intimidad propiamente dicha engloba un sentido de que una persona conozca la vida interior de otra; de reconocer cómo piensa, siente y reacciona el otro ante las cosas; de familiaridad con sus fortalezas y debilidades o vulnerabilidades; de sus idiosincrasias y preferencias. La intimidad puede insinuar una misteriosa calidad de calidez, y de intensidad, privacidad y la exclusividad de la cercanía mutua. Lo que yo considero como “*intimidad inquietante*” pertenece a la parte más oscura e indefensa de la intimidad. Se refiere al uso inconsciente de la propia capacidad para la resonancia psíquica, para apropiarse del otro en un abrazo emocional que es igualmente o más tóxico (Eigen, 1999) que nutritivo. Me resisto a llamarlo seducción emocional – aunque puede presentar algún elemento de seducción – para evitar la insinuación de que es una manipulación consciente, ya que no es lo que tengo en mente. La intimidad inquietante frecuentemente empieza y evoluciona de forma distinta a como lo hacen otras formas más saludables, en tanto en cuanto los dos individuos llegan a ser cómplices del mundo interior del otro en un grado excesivo y a una velocidad o ritmo artificialmente incrementado. Esta intensidad de grado y velocidad con frecuencia deja de contemplar otros aspectos de los roles de los dos individuos, vis-à-vis entre ellos. Estos son los aspectos – como la discrepancia de edades, asimetría de roles, lazos conflictivos, diferencias de valores, etc. – que hubieran modulado su cercanía bajo otras circunstancias. Mientras uno de ellos normalmente es el conductor primario, ambos de los íntimos pueden dejarse llevar en su enredo, casi sin darse cuenta. La intimidad inquietante es como una especie de canto de la sirena, tentador y casi imposible de prevenir cuando estamos a su alcance.

Cuando el vínculo está salpicado con un trasfondo explícitamente erótico, se hace tanto más difícil para cualquier de las personas desengancharse del nudo emocional. Las variantes diarias crónicas de la intimidad inquietante pueden ser tan dañinas como las formas más flagrantes de tipo “atracción fatal”, aunque solo sea porque son parecidos (Ghent, 1990) al comportamiento normal. Se encuentran en el mismo continuo que las versiones más agudas y severas de apego destructivo.

La intimidad inquietante debe ser claramente distinguida de las violaciones éticas o de límites morales per se. Con su fuerte atracción, dicha intimidad puede en ocasiones ser el *preludio* a una transgresión de límites, pero con frecuencia, no llega a eso.⁶ Los discípulos pueden estar bajo la influencia excesiva de un líder especialmente absorbente, los niños bajo una presión psíquica de sus padres, los candidatos analíticos bajo la influencia colusoria de determinado supervisor, sin que necesariamente implique una transgresión explícita de límites psicosociales. Los límites de rol se parecen más a regiones que a límites marcados, y dentro de estas regiones hay mucho espacio para el tira y afloja del compartir confidencias, influir en actitudes, sobre-identificación con los

objetos internos del otro, y tantos otros aspectos. Hasta cierto punto, entonces, puede haber un doblegar emocional sin una clara ruptura del compacto social Yo-Tú. Muchas relaciones de roles permiten considerable libertad en la dimensión personal, incluso el llegar a ser más personal que lo que demanda una determinada relación de rol puede llegar a ser extremadamente productivo. A veces se hace evidente, solo en retrospectiva, el que uno ha ido demasiado lejos en la esfera privada del self o del otro, de lo que pudiera ser óptimo.

De hecho, una señal adicional de la intimidad inquietante es que tiende a quedarse fuera del radar de lo legal o ético, lo cual hace que sea potencialmente insidiosa. Otra es que puede llevar a un tipo de explotación emocional en la que uno o ambos participantes no pueden ni dejar ni desarrollarse dentro de la relación. Este efecto – la restricción de que se prospere o crezca como opuesto al abuso emocional/físico directo – diferencia significativamente a la intimidad inquietante de una relación que viola los límites.⁷

La experiencia de quedar prendado de alguien, o incluso del enamorarse, puede sentar las bases para una intimidad inquietante, pero bajo condiciones óptimas, no lo hace. Cuando hay un sentido del self diferenciado y suficientemente coherente por parte de cada uno, es más probable que ambos miembros de la pareja mantengan su propio sentido de sí en este campo de fuerza de la atracción física.

Consideraciones Teóricas sobre las Relaciones Intimas Inquietantes

El punto de vista de Fairbairn (1952) de los factores esquizoides en la estructuración endopsíquica ofrece una perspectiva desde la cual observar el problemático fenómeno en discusión. Fairbairn argumenta que el ego (o self) se compone de “escisiones” que se producen por virtud de sus esfuerzos para poder sobrellevar relaciones traumatizantes con objetos externos. El trauma citado específicamente es el de vivir con una madre que “no consigue convencer a su hijo a través de expresiones espontáneas y genuinas de afecto de que ella misma le quiere como persona (p.13)” La solución del niño es regresar a una forma más sencilla de relación y concentrarse en el pecho de la madre como objeto parcial. La regresión implica una despersonalización del objeto y una “des-emocionalización” de la relación de objeto. (p.14), de tal forma que el afecto se reprime y se sobrevalora el pensamiento. En esta manera el otro externo real puede ser una “cosa” objeto parcial con la que hay que tratar, en lugar de un otro de carne y hueso con el cual hay que relacionarse. Este “tratar con” el otro, es una faceta de la intimidad inquietante que estamos comentando.

En últimas teorizaciones de Fairbairn, el ego responde al trauma interiorizando el objeto malo, el cual se escinde en objetos internos excitantes y rechazantes, y el propio ego “central” desarrolla divisiones subsidiarias interiorizadas; el ego libidinal y el saboteador interno. Un individuo con tal historial evolutivo y los objetos internos excesivamente fuertes descritos por Fairbairn, puede, yo argumentaría, proyectar el

objeto excitante al mundo exterior y buscar conquistar y ganar al otro sobre el cual se ha proyectado para poder aliviar el objeto interno rechazante. La intimidad inquietante sería una estrategia para hacer esto.

Aplicando esta teoría desde otra posición ventajosa, alguien que es inherentemente intuitivo, empático y sensible – o particularmente intenso – es más probable que evoque una proyección del “objeto excitante” de los otros. A su vez puede llamar a un sobre-acercamiento que es estéril y relativamente contraproducente. Contrariamente, una persona cuyo saboteador interno (o ego rechazado) está más profundamente herido desde el principio es más probable que se vincule a alguien quien, debido a sus propias necesidades narcisistas, invita implícitamente a ser tratado como un objeto excitante. Más aún, una persona que funciona como un objeto excitante puede *parecer* estar en una posición de “objeto central” – esto es, que el self “siente” que el otro es una influencia sana y equilibrada y no puede discernir las cualidades problemáticas de su acercamiento o cercanía. Alguien que no está acostumbrado a la cercanía constructiva estará probablemente impedida en su capacidad de distinguir las diferencias entre un abrazo *acogedor* y abrazo *asfixiante*⁸, la conectividad y la succión.

Al observar el intercambio clínico que probablemente se desarrolle con tales individuos, O’Shaughnessy (1992) describe un “enclave⁹”, una especie de relacionalidad constrictiva caracterizada por la sensación de tonos de cercanía, en la cual la relación¹⁰ está primariamente designada como un “refugio” para la ansiedad insoportable y las alteraciones. O’Shaughnessy sigue para prevenirnos de que “un grado de “acting out” por parte del analista ocurre inevitablemente a medida que una relación [como la que tuvo su paciente ejemplo] con sus objetos emerge en el análisis. (p. 602)”. Después, advierte con más urgencia, “Tan importante es el no “enactuar” un enclave con el paciente, como el no presionar o forzar a un paciente para que salga de su refugio. (p.603).” La autora habla de su tentación de forjar interpretaciones transferenciales en el “allí y entonces” sobre la excesiva cercanía del paciente con ella como una continuación del enclave, ya que le permitía evitar el ansioso reconocimiento de que realmente no entendía quien era ella en la transferencia al paciente.

Las implicaciones técnicas claves tal y como entiendo a O’Shaughnessy son, en primer lugar, que el analista probablemente no puede evitar completamente este tipo de “enactment” cuando el paciente “necesita” un enclave; segundo, que la disposición del analista de reconocer las constricciones del enclave es un paso intermedio crítico en su habilidad para comprender la subjetividad del paciente; y tercero, que no hay una única forma correcta para que la diada pueda salir de tal enfrascamiento, aunque hacerlo es ulteriormente esencial para el éxito del análisis. Ni la interpretación desde dentro de la transferencia ni la extra-transferencialidad necesariamente liberarán al paciente de la necesidad de establecer una ilusión de resonancia simbólica perfecta con el otro.

¿Acaso la intención del escritor William con el “mensaje como poema” es crear un “enclave” para perpetrar una ligera estafa, aprovechando su intimidad para conseguir lo que quiere con impunidad? Al contrario – los motivos del que habla y el tono

registrado son no premeditados y bastante sinceros. Automáticamente, sin premeditación, se gana al otro – no puede evitar usar esta capacidad que es tan intuitivamente suya. La habilidad de establecer una sensación de intimidad con el otro es un verdadero don, uno que podemos celebrar cuando lo encontramos en poetas y artistas. Pero como cualquier competencia altamente desarrollada, puede tomar vida propia, con no intencionadas y complicadas consecuencias.

La Intimidad Inquietante en el emparejamiento romántico: Un Caso Ilustrativo

En este contexto me concentro ahora en el emparejamiento romántico entre un hombre sensible y su amante femenina, aunque otras manifestaciones de intimidad inquietante son también dignas de mención y serán comentadas posteriormente.

James era un director de relaciones públicas de 35 años en una mediana empresa de alta tecnología. Alto, esbelto, casi fuerte, era un hombre gentil y un caballero¹¹, de sonrisa fácil y modestos modales que contrastaban con su poderosa posición y status económico. James llegó al tratamiento con un historial de intensas relaciones románticas consecutivas que de alguna forma siempre terminaban en un estado de dolorosa ruptura y pérdida, aunque estos finales eran por instancia suya. Entre medias de estas relaciones estaba terriblemente solo, lo cual le impulsaba a llamar compulsivamente o mandar emails a sus amigos para rellenar el vacío cuando estaba solo, aunque apenas fuera durante una hora o dos. Determinamos que esto era en parte para compensar el hecho de que era una compañía nociva para sí mismo. En su mundo interno cuestionaba incesantemente sus acciones en el trabajo, preocupándose sobre si había manejado cada decisión de forma óptima. Luego discutía consigo mismo sobre qué era lo “óptimo” y si realmente debía de funcionar de forma optima o si estaba siendo demasiado estricto consigo mismo, y así sucesivamente. James se obsesionaba sobre la forma más moral de manejar a sus subordinados o incluso de cualquiera que se cruzara en su camino. Estas luchas tomaban un cariz filosófico e insistía de forma indignante en desmenuzar interiormente cada acción o elección por su valor intrínseco así como su repercusión sobre otros. El resultado, por supuesto, era una dolorosa parálisis y una sensación de ineficacia, con un gran desgaste de energía psíquica que se perdía por el camino.

Además, James era neuróticamente agradable. Esto era, sin duda, el producto de su deseo de obtener la aprobación de los demás, un sustituto en sí mismo de sus padres y ulteriormente de sí mismo. Era la adaptación que había desarrollado con el fin de poder recoger premios por las capacidades que sí tenía (empatía, estar en sintonía con, generoso y preocupado) en vez de depender de aquellos que él consideraba que tenía escasamente (ambición personal, constancia en la persecución de objetivos, empuje intelectual, etc.).

Especialmente importante era la forma en que esto se manifestaba en la vida amorosa de James. Con su cálida y nada amenazadora afabilidad, James atraía fácilmente a las mujeres. Pronto alguno de estos vínculos se intensificaría, a medida que James y la

mujer pasaran horas en conversaciones a corazón abierto sobre sus metas en la vida y preocupaciones, dejando ver al otro, finalmente, sus angustias y vulnerabilidades. James se sentiría escuchado y aceptado por la mujer, lo que por supuesto resultaba tranquilizador. Igualmente importante, se sentiría necesitado. Empezaría a cuidar, desdoblándose para resolver sus problemas, prestándole o dándole dinero, lamiendo cualquier herida que la vida le hubiera infligido, sin saber que estaba animando a la mujer a tener una dependencia de él. James estaba encantado con la admiración de la mujer y se sentía gratificado por la dependencia de ésta. Pero al mismo tiempo titubeaba ante la decisión de dar el paso y hacerlo permanente, y el mismo no sabía por qué. Costó numerosas reiteraciones del patrón antes de que James pudiera ver que estaba eligiendo mujeres que eran notoriamente inseguras sobre sus capacidades y/o posición en la vida y que esto sentaba las bases para que se viera envuelto en una dinámica de intimidad inquietante. La mujer normalmente era alguien que necesitaba más una figura paternal que un par romántico, algo que con lo que James estaba encantado pero odiaba a la vez.

Un punto central aquí y en muchos casos de intimidad inquietante es que el mismo James era mayormente inconsciente de la fuente de su ambivalencia. En concreto, negaba su intensa crítica hacia la mujer. Como resultado, estaba a ciegas sobre porque tenía dificultad a la hora de comprometerse realmente con la mujer. No era consciente de que el ser necesitado por la mujer era un sustituto de ser respetado y amado por alguien a quien él también respetaba y amaba. Pronto James estaba consumido por la culpabilidad respecto de la debilidad de sus vínculos con las mujeres. Se reprendía a sí mismo por sus dudas y estaba agudamente incomodo con su comprensión analítica de la desaprobación y desdén que inconscientemente albergaba por ella. James recurrentemente escribía la nota, “Esto es solo para decirte que eres una persona maravillosa, pero no puedo seguir contigo y no puedo explicar por qué.”

El más pequeño de tres hermanos en una familia de clase media baja, James decidió a temprana edad que no quería competir en los mismos escenarios que su hermana y hermano mayores. En su lugar, se hizo el rebelde travieso, armándose con sus considerables habilidades intelectuales y verbales para retar los valores de sus padres y sus expectativas para él. Para James la finalidad y el placer le provenían de largas charlas nocturnas con su madre, quien le ofrecía tiempo, atención y aparentemente una cálida comprensión. Intentaba convencerla de que se le debería permitir mayor libertad en la casa, estándares más flexibles, y así sucesivamente, y ella escuchaba atentamente. Sin embargo al final ella siempre se ponía del lado de las prohibiciones autoritarias y categóricas del padre. James no recordaba haber ganado jamás ninguna de estas discusiones. Aun así, hasta la mitad del análisis, estaba bajo la ilusión de que estas conversaciones eran contactos íntimos satisfactorios. Esta era simplemente la versión de su familia de la intimidad – y como tal, lo mejor que podía imaginar, y que está en la línea de la descripción de la nutrición toxica de Eigen (1999). James había desarrollado un gusto – o ansia - por la aprobación y el confort femenino de esta cercanía de su niñez con

su madre, tal y como era. Esta situación hace eco de la descripción de Chodorow (1972) de la madre pujando por una excesiva implicación emocional con su hijo, en ausencia de una relación completa de cercanía con un marido distante.

James transfirió gran parte de este temprano escenario madre/hijo a su comportamiento de cortejo. Influía en la mujer con su cálida y penetrante atención, ganándose así (y alejándola del padre edípico). Y si por casualidad ella sentía su subyacente desdén o si por otra parte reconocía que no hacían buena pareja y se retiraba, él la perseguía tanto más ardientemente, ofreciendo comprensión y sensibilidad para vencer sus dudas. Este compromiso frustrante y precario sería sentido por él como “buena intimidad”, ya que se parecía al reconocimiento abortivo que había experimentado tantas veces con su madre. Al final, la mujer – siendo débil también ella – nunca le podía dar la afirmación definitiva que anhelaba de su propia madre, y por supuesto, de su padre. Ella estaba atrapada, pero también lo estaba él – atrapado siendo el padre/amante, que nunca el compañero y pareja como un igual.

El siguiente intercambio clínico tuvo lugar aproximadamente a los tres años de este análisis de cuatro sesiones a la semana. Incluyo algunas aclaraciones contextuales y también una impresión de las fuerzas transferenciales/contra-transferenciales que parecen estar en juego. James lucha consigo mismo y conmigo, al intentar juzgar si el construir la intimidad en el contexto de una cita al ser excesivamente atento y generoso es o no problemático. A la vez está desempeñando el rol de otra encarnación de la forma de relación de “intimidad inquietante” en la cual intenta evocar cuidados maternal en mí, presentándose a sí mismo como excesivamente y atractivamente débil.

J [James]: Así que estoy en el intento de pensar sobre el tema de mi búsqueda de una “madre mejor”. Me doy cuenta de que nunca será satisfactorio. Sé que lo estoy haciendo de nuevo con H. Entiendo el problema a nivel intelectual, pero obviamente no a nivel emocional.

A [terapeuta]: De alguna forma, siento que al decir esto, me estas suplicando que te de la respuesta, que yo sea una madre para ti.

J: Si, [dicho jovialmente] si pudiera hacerlo yo mismo, no estaría aquí!

A: Ah, y eso parece como una *insistente* y enfadada súplica de ser cuidado por una madre.

J: Estoy enfadado *conmigo mismo* por seguir bailando al mismo son... últimamente me escribo con tres o cuatro mujeres nuevas... No le dije a S. [otra potencial novia] que no quería tener una relación con ella. Estoy luchando con ello – no quiere tener esa difícil conversación. Como no sé lo que es una relación sana, me resulta difícil hacer este tipo de valoraciones [sobre con quien continuar relacionándose y a quien dejar pasar].

Durante este intercambio James, por turnos, busca mi aprobación, confiesa sus debilidades, e intenta persuadirme de que algunos aspectos de sus acciones eran, de

hecho, sanas. Su último comentario en particular me resulta como deseoso de ayuda y de auto infravaloración, un tanto preocupante después de todo su trabajo en nuestro análisis y los dos tratamientos anteriores. Lucho por no sucumbir a mi frustración. Sé que, para bien o para mal, estoy en el “enclave” de O’Shaughnessy. Si le doy a James el consejo que busca, reforzaré el escenario fantasioso de un niño carente e ingenioso que puede manipular a su poderosa madre. Sé que al resistirme al rol de la consejera e interpretando su deseo, estamos recreando (re-enact) el escenario del niño víctima/madre distante. Cualquiera de éstos pueden suscitar afectos que constriñen su crecimiento analítico. Aparentemente no tengo otra elección más que aposentarme cómodamente en el enclave y esperar a lo vaya a acontecer.

Volviendo al intercambio:

A: No estoy segura de lo que quieres decir [que no sabes lo que es una relación sana]?

J: Se que me siento atraído por las relaciones insanas, que no son sanas porque me hacen repetir los comportamientos insanos que he tenido. Así que si alguien me atrae, ¡inevitablemente evocará un comportamiento insano en mí!

Esto me parece un razonamiento sofista, pero bastante típico de cómo se ve a si mismo como incapaz en parte de provocar en mí mi lado maternal y activamente cuidador. Un vez más, siento ese tirón de las tempranas conversaciones madre/hijo, que cuesta tanto resistir.

J:....Tengo una buena razón para no confiar en mi sentido de la química. Siento esto porque no puede saber qué es sano y que no. A no ser que el objetivo sea aceptar que tengo este tipo de relaciones insanas y que deba dejar de preocuparme por ello – lo cual seriamente no creo que sea.

Y de nuevo aflora la esperanza de que puede solamente tener diversión insana y que el problema sencillamente reside en que es demasiado autocrítico sobre ello. Me están lanzando cebos ya que sabe que estoy dudosa, pero al mismo tiempo parcialmente acepta mi punto de vista de que estas relaciones están en la bancarrota. Así que se retracta de lo dicho y repara diciendo “No creo que ese sea el objetivo de la terapia”.

En esta coyuntura sugiero que James se ha quedado acorralado y entonces, por arte de magia, ha salido de ella. Esta afligido sin esperanza y no hay una “mejor” respuesta, lo que aparentemente le da el permiso implícito de “lujosamente” darse por vencido y hacer lo que sienta mejor en cada momento. (No tengo que añadir que ambos sabemos que esto en última instancia no es suficiente, no “cuela”).

J: [Bueno, estoy llegando a comprender que...] una mutualidad de búsqueda (ella deseándole tanto como él a ella, y vice versa) es un buen indicador de una relación sana. Por lo que sí es todo solo de un lado, yo llevando todo el peso, no es sano.

A: umhm.

Mi intención consciente con esta aprobación no verbal es de intentar diferenciar entre ser una “persona cuidadora” y ser emocionalmente seductor al ser excesivamente atento con las mujeres. Claramente no me podía resistir totalmente a la transferencia/contratransferencia de ponerle en el supuesto “buen” camino emocional.

Diligentemente James lo intenta otro ángulo:

J....Ayer por la mañana y hoy también he ido a clase de tai chi [es algo que ha tenido bloqueado desde hace unos meses]. Ha sido bueno para mí, pero [esto próximo lo dice con aparente vergüenza y decepcionado de si mismo] siempre estoy buscando el pecho... me doy cuenta cuando estoy solo, que observo a las mujeres y mi atención está especialmente atraída por sus pechos... tengo esta fijación con ellos [toma prestada la jerga analítica]¹²

A: ¿Qué está ocurriendo en esa “fijación”?

J: Estoy observando sus pechos, que asocio con querer acercarme, ser reconfortado, la sensación de que cuiden de mí. Una parte profunda de mi realmente quería seguir a H. (la última novia) a todas partes. Quería tanto que se me cuidara, quería que se me dijera lo que hacer. Porque yo no se lo que quiero hacer gran parte del tiempo, realmente no me importa... no tengo una sensación firme de mi propia dirección. Así que quiero que alguien me mantenga orientado, me reconforte, me guíe.

A: Así que la mujer sabe lo que hay que hacer y puede guiarte, ¿pero tú no lo sabes? (Por supuesto que estoy “guiando al testigo” en mi intercambio con él, en sí mismo un “enactment” evocado del escenario de hijo hambriento/madre de pechos grandes.

J: Eso es... o más que eso, nadie sabe qué hacer, pero yo quiero [su] aceptación por ser ese el caso. “Nadie sabe [con seguridad cuál es la mejor opción], pero está bien, lo deducirás, dale tiempo” [es lo que quiere oír de la mujer]. ... “tienes que tener confianza en que funcionará....”

Ahora las asociaciones de James toman una nueva dirección:

J: Sabes, la tendencia para mi es NO estar totalmente comprometido con las cosas. Cuando mi padre fue operado a corazón abierto, la familia entera estaba ahí sentada en la sala de espera, como si cada uno de nosotros estuviera completamente separados de los otros... y sabes, mi padre tenía el mismo problema... no podía articular esas cosas [emociones tiernas, vulnerables]. Él era capaz de darle a alguien la camisa que llevaba puesta, alguien que tuviera una necesidad en su oficina, especialmente algunas de las mujeres jubiladas, pero nunca oírías que lo había hecho, ni por qué... Nunca pude saber cuales eran sus sentimientos hasta que aparecía algo de enfado. Pero su reserva era típica de los hombres de su generación... y de los hombres en general, el no ser transparente con sus propias emociones. Donde empieza a ser complicado es porque al no expresarlas, entonces tampoco estas en contacto con ellos. Pero a menudo va junto. Lo ideal es estar en contacto y ser capaz de expresar tus sentimientos, pero no

estar obligado a hacerlo.

Discusión sobre el Material Analítico

Sabíamos que James había investido a las mujeres con el poder de curarle, y averiguamos en esta sesión que quizás haya aprendido los entresijos de cómo hacerlo de su padre, que llevaba a cabo “actos de generosidad sin pensarlo” o su hijo James había recogido esta “beneficencia”, frecuentemente un aspecto constructivo genuino de su funcionamiento – cuando no estaba utilizándolo para extraer sustento emocional de sus parejas románticas. La fantasía inconsciente probablemente era que algún día podría igualar a su padre y cortejar a su madre/amante que repartía los laureles. Desde otro punto de vista podemos ver la intensificación en James de una actitud sensible y generosa hacia las mujeres como una contra-identificación con la habitual brusquedad de su padre.

El material antes relatado sirve para ilustrar varios otros elementos frecuentes en el escenario de la “intimidad inquietante”. El primero es estar en sintonía, la sensibilidad genuina, y el deseo de gratificar al otro que se encuentra con tanta frecuencia en el proceso de “cortejo” individual. James era inagotablemente considerado conmigo, mencionaba con un respeto profesado lo que él entendía que era mi opinión, y me daba magníficas recomendaciones de la “vida diaria” (lo que él sabía que a mí me gustaba, si bien a pesar mío), etc. Su actitud de estar tan atento era constructiva de muchas maneras, pero también actuaba como un vehículo para agrandar que podía llevar a una cercanía limitadora.

La tendencia a presentarse como un ser emocionalmente débil y por tanto merecedor de ayuda también es un elemento a resaltar en este material. Crea una presión en el otro para ofrecer al “débil” apoyo o nutrirle, lo que curiosamente tiende a sentirse como afecto y nuevamente crea una apariencia de intimidad. La trayectoria en general de esta faceta de intimidad inquietante es un estado de inestabilidad en la que la intimidad es poco convincente y poco fiable. Sentí esto frecuentemente en mi trabajo con James, donde hacer la parte del “fuerte y cuidador que nutre” para su “débil y necesitado” self parecía un sine qua non para la profundización de nuestro vínculo, mientras que al mismo tiempo parecía que no nos llevaba a ninguna parte.

Otro aspecto de esta constelación es que se mantiene en ascuas al que está siendo cortejado, sin saber nunca si ésta será la ocasión en la que la parte escondida de subjetividad disociada saldrá de su cueva, causando una pérdida precipitada de la deseabilidad del que está siendo cortejado. De repente, un email quedará sin respuesta, una cita planeada será olvidada, una crítica llegará de forma inesperada, o algo igualmente de hiriente ocurrirá, socavando el tejido entero de su compromiso mutuo. El que corteja (o a veces el objeto de atención) se habrá rebelado contra esta subordinación masoquista del self involucrado. Uno o ambas partes finalmente acabarán

heridas, abandonadas, o traicionadas.

Esto se jugó dentro de los intercambios tensos y combativos de los intercambios aparentemente buenos entre paciente y analista que he relatado. Mientras que en general James parecía mantenerme cerca en el vis-à-vis del conocimiento de los hechos de su día a día y de sus pensamientos, me encontraba con frecuencia sin saber nada en lo que se refiere a su significancia afectiva más profunda. En momentos como en la anterior sesión, James estaba atrapado en un rumiar obsesivo, absorto en sus propios argumentos internos. Si yo desafiaba cualquier otra perspectiva, él respondía con una contradicción, como si de un acto reflejo se tratara. Si llegábamos a algún entendimiento compartido, rápidamente se desvanecía en el aire. En este aspecto de nuestra relación, era como si estuviéramos enganchados en un paradójico baile, donde James actuaba como el seductor y dominante masoquista, y yo la sumisa y sádica cortejada. Él se sentía sin esperanza y deprimido debido al continuo ataque interno propio, y “dócil” pero poderosamente demandaba que yo le guiara, solo para luego mostrarse reacio al ser guiado – y era en esta oposición donde encontraba una apariencia de autonomía, un atisbo de auto-respeto. Volviendo de nuevo al enclave paradójico, mi orientación era un elemento de contra-transferencia que se jugaba en esa dinámica defensiva; pero no orientándole corría el riesgo de tener un bloqueo fatal en el proceso analítico, ya que la ausencia de dicha dirección le dejaba dando vueltas sin llegar a ninguna parte. (Ver Benjamin en la dicotomía “del que hace” y “lo hecho”, 2004”). Juntos estábamos intentando acoplarnos en los ritmos naturales de la intimidad entre el “paciente medio necesitado” y el “terapeuta medio servicial”, pero lo que salía era un nudo enredado de intenciones fallidas.

Sin embargo, a pesar de los enclaves y nudos, había una acumulación constante a lo largo del análisis en la habilidad de James para reconocer y mantener sus propias necesidades e impulsos más profundos, particularmente los que agitaban su sensibilidad moral. Esto lo atribuyo a nuestra persistente forma de ponerle un espejo ante su naturaleza (inconsciente), y a su notable necesidad de alcanzar lo auténtico dentro de sí mismo y en los otros. James podía sentir mi genuino afecto por él, y a medida que crecía su confianza, pudo finalmente metabolizar mi confrontación sobre su mala aplicación de la capacidad para la compenetración emocional.¹³ Su relación consigo mismo, sin mencionar los vínculos con otros, adoptó una calidad mucho más sustancial, abarcando lo amargo junto así como lo dulce, lo hostil y lo agresivo junto con lo amoroso y cooperativo.

Los peligros de una intimidad que se estropea en la Vida Profesional

Nosotros los psicoanalistas somos un grupo selecto que gravitamos hacia este tipo de trabajo por nuestras propensiones – y necesidades – naturales, de tener un contacto emocional profundo con otros. Hemos llevado a cabo, para ello, una intensiva formación para afilar esas tendencias innatas, para poder así manejarlas en el servicio

de nuestros objetivos terapéuticos. Irónicamente, a medida que crece nuestra capacidad para relacionarnos de forma significativa y sostenida, a menudo disminuye el número de válvulas de escape donde poder satisfacer nuestras necesidades de intimidad personal (ver Rucker, 1993). Cuanto más comprometidos con nuestro trabajo, con un organismo, o como parte de un instituto, menos tiempo tenemos para perseguir nuestras necesidades emocionales en la esfera privada. Para muchos de nosotros, hay un solapamiento entre nuestras esferas profesionales y personales, donde los pacientes llegan a ser amigos, etc., que hace que esté poco claro a quien se le puede decir qué y hasta qué punto podemos discutir un asunto confidencial. Es natural y beneficioso que podamos acudir a individuos dentro de nuestro contexto profesional – incluso pacientes – para entablar en algún grado de compartir emocional, reconocimiento mutuo, el compañerismo de apreciar juntos el cómo funciona la psique.

Para complicar el asunto aún más, algo del trabajo analítico más cercano y profundos sólo se puede conseguirse dentro de la propia relación terapéutica, con su red de corrientes personales transferenciales y de idiosincrasias entrecruzadas entre terapeuta y paciente. Es el medio perfecto para cultivar una intimidad sana, pero también sus formas destructivas. Y no siempre podemos distinguir entre las dos, ya que mucho del trabajo se hace en un espacio transicional entre lo auténtico “real” y lo “psíquicamente” real, y dependiendo del acuerdo de ambos participantes sobre esa distinción. Si una persona tácitamente está en desacuerdo con el otro sobre qué es la realidad “real” de su cercanía con el otro, tenemos los inicios de una intimidad inquietante. Puede que no haya ninguna fisura en las paredes del nido de la confidencialidad terapéutica a través de la cual una tercera persona pueda ofrecer una perspectiva saludable sobre los procedimientos.

Esta situación puede fácilmente llevar a una “alianza emocional terrible” entre paciente y terapeuta en la cual uno o ambos pierden de vista que el propósito de que se desarrolle la intimidad es la maduración psíquica del paciente. En su lugar, empiezan a buscar la cercanía emocional como un fin en sí mismo, o buscan reinstaurar un significado gratificante de ser “el buscador” o el “buscado” (cualquiera de los dos puede asumir cualquiera de los roles). Esto finalmente resulta en que uno o ambos sienten el maravilloso horror (y el horroroso gusto) de ser atraídos a una cercanía más íntima de lo que originalmente habían pretendido. Creo que es útil sacar este escenario temporalmente del contexto cargado de ética profesional per se. Ganamos una mejor perspectiva al verlo como una manifestación de la amplia tendencia de que las personas en sintonía emocional a veces utilizan sus poderes para enganchar a otros en formas que pueden tornarse dañinas.

El momento de “intimidad inquietante” no está restringido a nuestras consultas. En nuestras reuniones profesionales, nuestros almuerzos vis-à-vis, nuestras conversaciones de pasillo en conferencias, etc., nosotros, que somos practicantes entrenados analíticamente mostramos, en ocasiones, nuestras vulnerabilidades en exceso, o provocamos demasiadas confidencias por parte de nuestros colegas. Después

nos preguntamos, ¿en qué estaba pensando, qué hice? Teniendo la capacidad de conversar de forma enriquecedora en esta economía, no podemos resistirnos a desvelarlo – y a veces nos dejamos llevar o incluso lo utilizamos como moneda de cambio. ¿Cuántas veces el escritor analítico establece un aire de familiaridad acogedora con su lector, así socavando cualquier duda sobre la posición del presentador? ¿Cuántas veces el orador analítico ofrece un ejemplo clínico de ética cuestionable, pero de una forma tan atractiva que al público se le olvida suscitar la evidente preocupación acerca de traspasar los límites? Ojalá que pudiéramos encender las luces y tener menos miedo de que encontraríamos allí. Como Harry Stack Sullivan nos recordó, todos somos “simplemente más humanos que cualquier otra cosa”, y a menudo los errores en la modulación íntima se pueden rectificar y perdonar cuando se entienden profundamente.

Conclusión

La intimidad inquietante fortalece y debilita a sus participantes simultáneamente. Como una sirena y algo que crea adicción, proporciona un tipo de “refuerzo intermitente” que puede hacer que el vínculo, cargados de problemas, se haga más estrecho si cabe. Lo que nos hace poderosos en el momento no nos fortalece necesariamente¹⁴; cuando estamos atrapados en las garras en una intimidad molesta, se nos escapa esta parte de sentido común. No hay ninguna teoría que pueda explicar completamente la angustia, la agonía agri dulce de este tipo de intimidad, que quizás todos hayamos experimentado en algún momento. Cantantes de baladas, libretistas de ópera, compositores, cantantes de flamenco, músicos de rock y otros cantautores probablemente han sido los que más han logrado transmitir su sabor.

Para recurrir a una última metáfora, la intimidad emocional con todas sus variantes es como el azúcar, da la energía y la dulzura que como humanos necesitamos para alimentar nuestra psique y vida física. Pero como algunos tipos de dulces, también puede llegar a “empachar”, llegando a provocar un apetito por el dulce psíquico (una glotonería), que provoca “caries”, de las que uno siempre se lamentará. Considero que desarrollar este tipo de glotonería por la intimidad inquietante puede perturbar o malograr nuestros esfuerzos por conseguir una nutrición psíquica más completa y sustancial.

REFERENCIAS

- Benjamin J (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *Psychoanal Quarterly*. **73**:5-46.
- Celenza A & Gabbard G (2003). Analysts and sexual boundary violations. *J Amer Psychoanal Assoc* **51**:617-636.
- Chodorow N (1978). *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.

- Crastnopol M. (1980) Separation-individuation in a woman's identity vis-à-vis mother. (unpublished dissertation).
- Eigen M (1999). *Toxic nourishment*. London: Karnac Books.
- Fairbairn WRD (1952). *Psychoanalytic studies of the personality*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Gabbard G (1996) *Love and hate in the analytic relationship*. Northvale, NJ: Aronson.
- Gabbard G & Lester E (1995). *Boundaries and boundary violations in psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemporary Psychoanal* 26:108-136.
- Khan, M.M.R. (1979). *Alienation in Perversions*. New York: International Universities Press.
- Mahler M, Pine F, & Bergman A (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic Books.
- Patchett, A (2002). *Bel canto*. New York: Perennial (Harper Collins).
- Rucker, N (1993). Cupid's misses: Relational vicissitudes in the analyses of single women. *Psychoanal Psychol* 10: 377-391.
- Williams WC (1968). *The Selected Poems of William Carlos Williams*. New York: New Directions.

Original recibido con fecha:21/11/2010 Revisado:18/10/2011 Aceptado para publicación:24/10/2011

NOTAS

¹ Publicado en: Crastnopol, M. (2007). Uneasy intimacy, a siren's call. In Suchet, M, Harris, A., & Aron, L. *Relational Psychoanalysis: Vol.3, New Voices*. Mahway, NJ: The Analytic Press, 33-51. Traducción castellana de María Hernández Gázquez, revisada por Sandra Toribio Caballero y Alejandro Ávila, con autorización de la autora. Trabajo presentado y comentado por la autora en el *Máster en Psicoterapia Relacional*, Ágora Relacional, Madrid, 12 de Marzo de 2011.

² La autora desea expresar su profundo agradecimiento a Dodi Goldman, Glen Gabbard, y Joyce Slochower, cuyo feedback detallado en borradores anteriores fue de enorme ayuda.

³ Margaret Crastnopol es Doctora en Psicología y co-fundadora y miembro del cuerpo de profesores del *Northwest Center for Psychoanalysis* en Seattle, Washington. Es supervisora de psicoterapia y miembro del cuerpo de profesores del *William Alanson White Institute* en New York City; editora asociada de las revistas *Psychoanalytic Dialogues*, *Contemporary Psychoanalysis* y *Clínica e Investigación Relacional*. La Dra. Crastnopol trabaja en práctica privada en Seattle, Washington.

⁴ N. del T.: La autora usa la expresión "uneasy", que puede ser traducida tanto por "inquietante" como por "incómoda". En el texto escogimos la primera acepción.

⁵ N. del T.: Traducción de Matilde Horne y Carlos Manzano – *Cien poemas*. Madrid: Visor, 1988.

⁶ Para situaciones en las cuales la intimidad inquietante dio pie a la violación flagrante de los límites sexuales en nuestro campo, ver Gabbard & Lester, 1995; Gabbard, 1996; Celenza & Gabbard, 2003.

⁷ Las ideas siguientes y mucho de lo que queda de este trabajo se han beneficiado de las ricas contribuciones teóricas y sugerencias editoriales de Dodi Goldman, cuyo cercano diálogo conmigo sobre este tema fue enormemente clarificante.

⁸ N.d.T.: The difference between a hug and a clench: Acogedor o Entrelazado vs. Atrapante o Asfixiante.

⁹ N.d.T.: La autora usa la palabra en castellano.

¹⁰ N.d.T.: La autora usa "relatedness" que en función del contexto traducimos por "Relacionalidad" o "Relación"

¹¹ Juego de palabras, en el original: “he was a gentle man and a gentleman”.

¹² Esta preocupación recuerda el punto de vista de elementos esquizoides en la vida psíquica de Fairbairn (1952, p.11 y siguientes), en la cual el interés libidinal del niño se enfoca en el pecho para parte del objeto libidinal en vez de conectarlo a la madre como una persona completa. Esta “actitud libidinal” que se desarrolla está caracterizada por el “tomar” como oposición al “dar” de algunas tendencias a incorporar e internalizar, y por sentimientos de vacío y privación como oposición a estar completo. Estos resuenan a algunas de las tendencias psíquicas y quejas propias de James, ambas formuladas y desformuladas.

¹³ N.d.T. La autora usa “emotional attunement”, que puede traducirse también como sintonización emocional.

¹⁴ Dodi Goldman, comunicación personal, 2004